

## “De las virtudes del educador”

Paulo Freire

**El viernes 21 de junio de 1985 se presentó en el Centro Cultural General San Martín, el educador brasileño Paulo Freire. Durante su conferencia, el Profesor Freire –quien hacía 12 años no visitaba Argentina- recordó que fue en este país que un alumno le formuló la pregunta fundamental “¿Qué es preguntar?”.**

Como educador, y como político, hay un tema que me preocupa mucho a nivel práctico-teórico: es *la reflexión crítica sobre las virtudes del educador*. No como virtudes con las cuales uno nace, ni como un regalo que uno recibe, sino por el contrario como una cierta forma de ser, de encarar, comprender y comportarse, que uno crea a través de la práctica política, en búsqueda de *la transformación de la sociedad*.

Esta virtud no es una calidad abstracta que existe antes. Es algo que yo creo y porque creo conozco; creo *con los otros* y no sólo individualmente. Estas virtudes no son virtudes de cualquier educador o educadora sino de los educadores y educadoras que estén comprometidos con un sueño político por la transformación de la sociedad, en el sentido de *CREARSE socialmente, históricamente*, para marchar hacia una sociedad mas justa.

Yo voy a plantear la primera virtud o calidad que me gustaría subrayar: es la virtud no muy fácil de ser creada de la *coherencia*, de la coherencia entre el discurso que habla de la opción, que anuncia la opción y de la práctica que debería estar al servicio del discurso, confirmándolo. Es la virtud según la cual necesitamos disminuir la distancia entre el discurso y la práctica.

Toda vez que yo me refiero a esta virtud en el plano político, digo que es preciso disminuir la distancia entre el discurso del candidato y la práctica del elegido. De tal manera que en un momento la práctica sea también discurso y el discurso sea práctica.

Obviamente que en esta búsqueda de la coherencia –a mi juicio sería imposible alcanzar jamás la coherencia absoluta y en segundo lugar sería fastidioso-. Imaginen ustedes que uno viviera de tal manera una coherencia que no tuviera posibilidad de comprender y saber lo que es coherente, porque sólo es coherente. Pero si bien yo necesito ser incoherente para tornarme coherente hay, sin embargo, también un límite para la incoherencia. Por ejemplo, yo no puedo en mi criterio proclamar mi opción por una sociedad participativa, en que al final las clases trabajadoras asumen la HISTORIA, la toman en sus manos y al mismo tiempo preguntar a un alumno que me interroga criticándome, si el sabe quién soy yo. No es posible hacer un discurso sobre la liberación y al mismo tiempo revelar en mi comportamiento, una profunda descreencia en las masas populares. No es posible hablar de participación democrática y cuando las masas llegan a la plaza y pretenden hablar decir “llegó el pueblo y va a echar a perder la democracia”.

Por esta razón es que a mí me parece que la virtud y la calidad de la coherencia, es la *virtud norteadora*, es –reafirmando la “Pedagogía del Oprimido”- una *virtud generadora* de otras virtudes. Ella va desdoblándose y contestando a las demandas que la práctica va poniendo.

Una otra virtud que emerge de la experiencia responsable es la virtud de aprender a luchar con la *tensión entre la palabra y el silencio*. Cómo contractar con esta tensión permanente que se crea en la práctica educativa entre la palabra del profesor y el silencio de los educandos, la palabra de los educandos y el silencio del profesor. Si uno no trabaja bien, coherentemente esta tensión puede que *su palabra* termine por sugerir

el silencio permanente de los educandos o con una apariencia de “inquietud” en los mismos. Si yo no vivo bien esta tensión, si yo no sé escuchar, si yo incluso no testimonio a los educandos qué es la palabra verdadera, si no soy capaz de exponerme a la palabra de ellos, que penetre mi silencio necesario, yo termino *discurseando* “para”. Y hablar o discursar “para” casi siempre se transforma en “*hablar sobre*” que necesariamente significa “*contra*”. Vivir apasionadamente la tensión entre palabra y silencio significa “*hablar con*”, para que los educandos también “hablen con”. En el fondo, ellos tienen que asumirse como sujetos del discurso y no ser meros receptores del discurso o de la palabra del profesor.

Vivir esta experiencia de la tensión en un espacio, demanda mucho de nosotros. Para ellos hay que aprender algunas cosas básicas como ésta. “*No hay pregunta tonta ni tampoco hay respuestas definitivas*”. *Yo diría incluso que la necesidad de preguntar forma parte de la naturaleza de la existencia humana. El hombre y la mujer deben actuar sobre el mundo y preguntar sobre la acción.*

No es bueno conocer sin preguntarse y sin preguntar. Es preciso que el educador testimonie a los educandos el gusto de la pregunta y el respeto a la pregunta. En la Educación Liberadora, uno de los temas fundamentales en el comienzo de los cursos, es una *reflexión sobre la pregunta*. La pregunta fundamental enraizada en la práctica.

A veces, por ejemplo, el educador percibe en una clase que los alumnos no quieren correr el riesgo de preguntar porque temen a sus propios compañeros. Y yo no tengo duda, sin pretender hacer “psicologismo”, (no psicología) que cuando los compañeros se burlan de aquel que hizo una pregunta, suelo pensar si cuando ese profesor recibió una pregunta no fue él primero quien hizo una sonrisa irónica descalificándola y sugiriendo que quien la hacía era un ignorante. El profesor incluso, suele añadir a esta sonrisa una advertencia como “estudie un poco más y pregunte después”. Esta forma de comportarse no es posible, porque conduce al silencio, no a la inquietud. Es una forma de castrar la curiosidad, sin la cual no hay creatividad.

Pasando a otra virtud, que es complicada por ser un poco técnica desde el punto de vista filosófico, es aquella de *trabajar en forma crítica la tensión entre subjetividad y objetividad*, entre conciencia y mundo, entre práctica y teoría, entre ser social y conciencia. Es difícil vivir esta *dialecticidad* entre subjetividad y objetividad y no es casual que éste sea un tema que acompañe la historia de todo el pensamiento filosófico. Y es difícil, porque ninguno de nosotros escapa andando por las calles de la historia, de sentir la tentación de olvidar o de minimizar la objetividad y reducirla al poder –que allí se hace mágico- de la subjetividad todopoderosa. Y es entonces que arbitrariamente se dice que la subjetividad crea la objetividad. Por lo tanto *no hay que transformar el mundo, la realidad concreta, sin las conciencias de las personas*. Y este es uno de los mitos en que han caído miles de ingenuos. El mito de pretender que primero se transforman los corazones de las personas y después la realidad material. Entonces “cuando se tenga una humanidad bella, llena de seres angelicales, de esta humanidad saldrá una revolución”. Esto no existe, jamás existió. *La subjetividad cambia en el proceso del cambio de la objetividad. Yo me transformo al transformar. Yo soy hecho por la historia al hacerla.*

El otro equívoco que hay en esta tensión y que para mí es fundamental para el educador estar lúcido y claro frente a él, es el opuesto a esto.

Es decir, reducir la subjetividad a un puro reflejo de la objetividad. Esta ingenuidad significaría que sólo sería suficiente la transformación de la objetividad y al día siguiente tengo una subjetividad maravillosa. La condición humana no es así. La cosa es dialéctica, contradictoria, procesal. Quiero decir que yo sufrí también estas tentaciones y en ciertos momentos caí hacia la subjetividad. Esto significa, filosóficamente idealismo y del otro lado sería el objetivismo mecanicista. Recuerdo, por ejemplo, que en la “Edu-

cación como práctica de la libertad” tuve algunos momentos que anunciaban subjetivismo. Pero este libro lo escribí hace más de 13 años y muchos de los que lo critican, no han leído después la crítica que yo hice de mí mismo. Cuando yo hablaba del problema de la “concientización” (palabra que dejé de usar por 1972 y de la que luego hice una buena crítica), la impresión que tengo al leerlo hoy es que el proceso de profundización de la toma de conciencia aparecía muchas veces de manera subjetiva; por supuesto, también por causas históricas y sociales (hay circunstancias en que uno es criticado por personas que no comprendieron históricamente el tiempo del criticado). Era como que entonces yo pensaba que la percepción crítica de la realidad, que su lectura crítica, ya significaba su transformación. Y esto era idealismo. Pero, afortunadamente, como no morí, pude atravesar estos caminos y traspasarlos, superándolos.

Una otra virtud que me gustaría plantear a ustedes es no sólo comprender sino cómo vivir la tensión entre *el aquí y el ahora del educador y el aquí y el ahora de los educandos*. En la medida en que yo comprendo esta relación entre “mi aquí y el aquí de los de los educandos” es que yo empiezo a descubrir que “*mi aquí es el allá de los educandos*”, que no hay allá sin aquí, es obvio. Porque incluso, sólo reconozco un aquí porque hay algo diferente del mismo que es un allá, que me dice que aquí es aquí. *Si no hubiera un allá no comprendería donde estoy.*

Por ejemplo, si yo estoy en la calle –para estar hay sólo 3 posibilidades fundamentales- o en el medio, donde se corre el riesgo de morir, o de un lado o de otro. Después de estas tres posiciones lo que ustedes tienen son aproximaciones. Si yo estoy en este lado de acá y percibo que el otro está en el otro lado, yo tengo que atravesar la calle sino no llego. *Creo que hasta el fin de este siglo la solución será la misma. Es por esta razón que nadie llega allá partiendo de allá.*

Este es un tema muy olvidado por los educadores-políticos y por políticos-educadores. Hay que respetar la comprensión del mundo, la comprensión de la sociedad, la sabiduría popular. Hay que respetar el sentido común, en nombre de la exactitud científica que los educadores juzgan poseer (porque a veces solamente juzgan), en nombre de esta sabiduría hecha de caminos rigurosos, en nombre de que las masas populares necesitan de esta sabiduría que nosotros ya tenemos, olvidamos negligentemente, minimizamos, desconocemos la percepción que los grupos populares están teniendo de su concreción, de su cotidianeidad, de su mundo; la visión que tienen de la sociedad. Esta postura mía es criticada por algunos estudiosos en Brasil. Pero yo subrayo: *leer es una cosa muy difícil y muy responsable. Y hay que tener mucho cuidado de que al leer un texto, prohibirse estar leyendo no el texto que el autor escribió sino el texto que al lector le gustaría haber escrito.*

Hay quienes dicen en Brasil que “las tesis de Freire implican que el educador debe quedar al nivel de sabiduría popular de los educandos”. No, yo creo que hay una diferencia semántica muy grande entre “*quedar*” y “*partir*”. Yo hablo de *partir de los niveles en que se encuentran los educandos*. Esto es, alcanzar el aquí pasar por el allá, que es el aquí de los grupos populares. Allí existe una tensión grande. Por otra parte, esta virtud se prolonga a una otra que es cómo rehusar caer en posturas espotaneístas sin caer en posturas manipuladoras. Hay quienes piensan ingenuamente, que el contrario positivo de la manipulación es el espontaneísmo como hay quienes piensan que el contrario positivo del espontaneísmo es la manipulación. No, yo rechazo los dos, porque uno no es el contrario positivo del otro. El contrario positivo de los dos es la *posición sustancialmente democrática*, radicalmente democrática. Y no hay que tener miedo de esta palabra.

Esta virtud se prolonga a la otra de vivir intensamente la comprensión profunda de la práctica y la teoría, no como yuxtaposiciones, no como superposiciones, sino co-

mo unidad contradictoria, la reunión contradictoria de estos elementos. Que la práctica no puede prescindir de la teoría. *Entonces, hay que pensar la práctica para poder mejorarla.* Esto demanda una fantástica seriedad, rigurosidad y no da pie a la licenciosidad. Esto demanda estudio = creación de una serie de disciplinas. *Esta cuestión de pensar que todo lo que es teórico y académico es malo, es absolutamente falso* y hay que luchar contra esto. No hay que negar el papel importante, fundamental, iluminatorio, de la teoría, que sin embargo deja de tener cualquier repercusión si no hay una práctica seria. Por ello, yo creo que la formación de los educadores populares es una de las mayores preocupaciones y un capítulo fundamental.

Una última virtud que yo quisiera mencionar en este encuentro es la de aprender a experimentar la relación, tensa también, *entre paciencia e impaciencia.* De tal manera que jamás se rompa la relación entre las dos posturas. Porque si uno rompe en favor de la paciencia cae en el discurso tradicional de quietismo. Y si nosotros rompemos esta relación dinámica, tan dinámica como la relación práctica-teoría, en favor de la impaciencia caemos en el activismo que olvida que la historia existe y entonces en nombre de una postura dialéctico-revolucionaria caemos en el idealismo subjetivista prehegeliano. De ese modo pasamos a programar, a decretar una realidad que existe únicamente en la cabeza de la gente, en su mente y que no tiene nada que ver con la realidad externa.

Y esta última virtud que mencioné, es la que nosotros encontramos en los grandes líderes revolucionarios de la historia, la de vivir "*pacientemente impaciente*", nunca sólo pacientemente, nunca sólo impacientemente. Esta virtud de *vivir la impaciente paciencia* tiene que ver con la comprensión de lo real, con la comprensión de los límites históricos.

Y todo esto, a su vez, tiene que ver con la relación entre *lectura del texto* y *lectura del contexto*. Esta también debería ser una de las virtudes fundamentales que deberíamos vivir para testimoniar a los educandos tanto en lo sistemático como en los grupos de educación popular. Esta experiencia indispensable de *leer la realidad sin leer las palabras, para que así se puedan leer bien las palabras.*